

combatir la nueva tendencia es el de que las hibridaciones políticas son imposibles. ¡Dos quebrados políticos dándole lecciones al país! Muy bien si hubieran traído al debate alguna idea, la exposición de algún propósito elevado y noble; «pero suscitar primero la agitación para buscar después pretextos que la justifiquen, tocar primero a rebato para descubrir después el peligro a que deba correrse; componer primero la tonada para después idear la letra que haya que ajustar a su ritmo, eso no puede parecernos más que fuerza perdida y bulla estéril, propia para alborotar a los muchachos y sacar a luz toda la prendería de las declamaciones antipapales y antiinquisitoriales, pero absolutamente vana para cuanto signifique un adelanto positivo en la marcha de las ideas, una conquista sola en el sentido del pensamiento libre (1)».

No resisto a la tentación de apoyarme una vez más, en la opinión del escritor uruguayo, cuyas ideas concuerdan en este particular con las mías y expresan mi pensamiento mejor que pudiera hacerlo mi incompetente pluma. Llamo muy especialmente la atención sobre lo que habré de copiar enseguida, de todos los que en mi país se oponen con todas sus fuerzas al desarrollo de la idea que dió origen a la formación de un partido antijacobino, y que no es otra cosa que el reconocimiento de una tendencia, definida de tiempo atrás en nuestras luchas políticas. Tendencia que si hasta ahora no cuenta con toda la opinión que merece, no ha sido porque el pensamiento generoso que la inspira carezca de potencialidad, sino por falta del apóstol que, para llevar a cima la palingenesia social y política, empiece por transformar en sí mismo la idea en sentimiento.

«No cabe duda de que la filiación directa de esta escuela pseudo-liberal se remonta a la filosofía revolucionaria del siglo XVIII, a la filosofía que fructificó en la terrible lógica aplicada del ensayo de fundación social del jacobinismo, y que, por lo que respecta al problema religioso, culminó en el criterio que privaba en las vísperas de la reacción neo-católica de Chateaubriand y Bonald: cuando se escribían y divulgaban *Las ruinas de Palmira*; cuando se admiraba a Hol-

bach y a Le Mettrie; cuando las religiones monstruosas, urdidas calculadamente por unos cuantos impostores solapados y astutos, para sentar su predominio sobre un hato de imbéciles, soporte despreciable de las futuras creencias de la humanidad.

«El criterio histórico era, en aquella filosofía, como lo es hoy en las escuelas que la han recibido en patrimonio, la aplicación rígida e inexorable de unos mismos principios al juicio de todas las épocas y todas las instituciones del pasado, sin tener en cuenta la relatividad de las ideas, de los sentimientos y de las costumbres; por donde fases enteras de la historia: La Edad Media, la España del siglo XVI, el catolicismo, el feudalismo,—eran condenados de plano, sin la piadosa excepción de un hecho o un nombre, como estériles, perversas, afrentosas y estúpidas.—Si renunciando a la implacabilidad de sus odios, aquella filosofía se levantaba alguna vez a la esfera de la tolerancia, jamás pasaba de la tolerancia individualista y displicente de Voltaire o de Bayle, que no se funda en intuición de simpatía, en penetrante poder de comprensión, como la de un Renán o un Sainte-Beuve, sino en una sola fría lenidad intelectual. Y todos estos rasgos característicos se mantienen en las escuelas que representan, más o menos adaptado a las condiciones del pensamiento contemporáneo, el mismo espíritu; con la diferencia,—no favorable, ciertamente, para éstas,—de que la filosofía de la Enciclopedia tenía, para sus apasionamientos e injusticias, la disculpa de la grande obra de demolición y allanamiento que había de cumplir para cooperar en los destinos del mundo» (1). Y luego dice:

«El sentido de la obra intelectual del siglo XIX es, en suma, la tolerancia; pero no sólo la tolerancia material, la que protege la inmunidad de las personas, la que se refiere a derechos y libertades consignables en constituciones y leyes; sino también, y principalmente, la tolerancia espiritual, la que atañe a las relaciones de las ideas entre ellas mismas, la que las hace comunicarse y cambiar influencias y estímulos, y comprenderse y ampliarse recíprocamente: la tolerancia afirmativa y activa, que es la gran escuela de

(1) Obra citada.

(1) Obra citada.